

Amor en los días de la ira

DIES IRAE

JOEL SANTAMARÍA


ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE. LOS ESCOLARES DE LA SEO](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[SEGUNDA PARTE. LA FRONTERA](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[TERCERA PARTE. MADINAT AL-MAYURKA](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[CUARTA PARTE. LA CRUZADA DE ULTRAMAR](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[APÉNDICES](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

*A mi padre, Daniel F. Santamaría,
poeta y viajero fallecido recientemente.*

Hay, sin embargo, en la dureza de aquellos tiempos un cierto grado de ingenuidad que hace morir en nuestros labios el juicio condenatorio. [...] Tan abigarrado y chillón era el color de la vida, que era compatible el olor de la sangre con el de las rosas. El pueblo oscila, como un gigante con cabeza de niño, entre angustias infernales y el más infantil regocijo, entre la dureza más cruel y una emoción sollozante. Vive entre los extremos de la negación absoluta de toda alegría terrena y un afán insensato de riqueza y de goce.

JOHAN HUIZINGA. *El otoño de la Edad Media*

PRÓLOGO

Con dedos temblorosos, Jan Vidal se desabrochó las correas que le ceñían el pesado yelmo y se desanudó los cordones de la cofia que llevaba debajo. Al instante, notó la caricia del viento refrescándole los cabellos y soltó un suspiro de alivio, que acompañó con una buena rascada. Algo le correteaba por el cuero cabelludo. Debían de ser los primeros piojos; las pulgas ya hacía más de dos semanas que las venía padeciendo por otras partes del cuerpo. Ese pensamiento trivial le distrajo durante breves instantes de otros que hasta entonces le habían estado inquietando.

Apoyándose en su venablo, se incorporó fatigosamente de la arena y con el yelmo y la cofia echados aún sobre sus espaldas, se dirigió hacia la cresta de la duna. Los dieciséis hombres de su compañía, que allí estaban descansando, le saludaron con respeto, pues Jan era su alcaide y era querido y apreciado por todos ellos. Al llegar al punto más alto de la duna, hizo visera con la mano y notó cómo el corazón se le encogía: tal y como se figuraba, el rey seguía encerrado en su tienda real, sin salir de ella. Guilhem Durfort, señor natural de Jan, se le acercó por la espalda y le apretó el hombro con su mano, en señal de consuelo y amistad. Los dos habían nacido en tierras de Tolosa y se conocían desde sus años de escuela.

—El tiempo no parece mejorar —le aseguró—. Tal vez el rey nuestro señor desista de sus propósitos.

—Que Dios os escuche, en Guilhem, que Dios os escuche.

En efecto, el tiempo no sólo no daba signos de mejora, sino que se había enturbiado tanto que la tormenta parecía

inminente. Repentinamente ráfagas de tramontana levantaban cortinas de arena por toda la playa, revolvían las olas de un mar que se iba oscureciendo cada vez más e iban cubriendo de nubarrones los últimos retazos de añil que iluminaban el cielo.

A Jan aquel tiempo le parecía de mal agüero. El desolado paisaje que se extendía a sus espaldas tampoco contribuía a levantarle el estado de ánimo; entre toda aquella interminable región de dunas y de marismas no se asomaba ninguna otra cosa que no fueran reseco cañaverales y pinedas con los troncos retorcidos y a ras de suelo.

Efectivamente, no había protección ni resguardo alguno contra el viento del norte en toda aquella playa. Una playa que empezaba en el diminuto castillo de Salou, encaramado sobre un acantilado, y que desde allí se extendía durante más de tres millas hasta las lejanas barracas de pescadores de Cambrils. Era la playa más larga que había en toda la Cataluña Nueva: por eso había sido elegida como punto de partida para aquella insólita y temeraria cruzada hacia el lejano reino de las Mallorcas.

Los dos centenares de naves que componían la armada se zarandeaban en el vaivén de las olas con extremada violencia, y a Jan no le hacía ninguna gracia que el momento de subirse a ellas estuviera a punto de llegar. Las había de todas clases y tamaños. Las más cercanas, con la popa atracada en la orilla, eran las largas y estilizadas galeras, de entre diez y veinte bancos de esloras y con escalas laterales por las que subirían, llegado el momento de zarpar, los barones y prelados del reino. Mar adentro, por detrás de ellas, se asomaban los mástiles de las taridas, de menor esloras que las galeras, pero con amplias bodegas que acababan de acoger a todos los corceles, palafrenes, rocines y acémilas que requeriría la hueste al llegar a su destino. Más al fondo, ya casi en alta mar y escasamente resguardadas del oleaje por el cabo de Salou, se alzaban las inmensas naos y cocas, verdaderos castillos flotantes de tres cubiertas a las que subirían las afortunadas compañías de peones como la suya, que estaban exentas de remar en las galeras.

Pero en realidad, incluso esas altivas embarcaciones, pensó Jan, no eran nada más que frágiles cascarones a merced de los elementos.

El origen de todos aquellos leños y navíos era variado: muchos procedían de Barcelona, otros de Montpelier o de Marsella, los había que venían de Pisa y de Génova; algunos de ellos llevaban incluso escudos de ciudades tan lejanas como Londres o Lübeck. Los barcos habían sido estibados ya con abundante cebada para el sustento de las bestias, y con el bizcocho y todas las viandas necesarias para el de los hombres. Aun así, las velas de la flota permanecían arriadas y los remos recogidos. Jaime I —rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpelier— se hallaba reunido en su tienda con los cómitres de la flota y con los principales barones y prelados de sus feudos desde la primera hora de la mañana, discutiendo si la partida hacia el lejano reino de las Mallorcas se haría aquel mismo 6 de septiembre del año 1229, festividad de San Zacarías, o se pospondría *sine die* hasta que el vendaval amainara.

Y si los presagios que daba aquel viento endiablado no parecían buenos, tampoco lo eran los antecedentes. El rey era joven e inexperto y parecía incapaz de meter en cintura a sus barones; el fracaso de la expedición que había emprendido cuatro años atrás para tomar Peñíscola había sido rotundo. No tanto, sin embargo, como el de la cruzada internacional que pisanos y genoveses auxiliados por su bisabuelo, el conde Ramon Berenguer, habían emprendido cien años atrás para conquistar el mismo reino de Mallorca. En aquella funesta ocasión, las huestes sarracenas dirigidas por el famoso rey Miramamolín se habían encargado de que miles de cristianos no regresaran jamás a sus hogares. Por si tales antecedentes no bastaran ya para desanimar al más pintado, el mismo Bernat Calbó, abad de Santes Creus y tenido por muchos como el varón más santo del reino, se había opuesto rotundamente a aquella expedición, tildándola de «disparate»; ni siquiera la declaración del delegado papal, sire Jean d'Aberville, otorgándole el rango de cruzada le había hecho cambiar de opinión.

El silencio reinaba entre los más de quince mil hombres de la hueste, que en su mayoría parecían tener el corazón tan oprimido como el de Jan y que, al igual que él, fijaban sus ojos en esa misma tienda de la que ahora estaba a punto de salir el joven rey y ordenarles a todos que embarcaran o que esperaran a que llegara otro día más propicio. Se decía que Jaime I, terco e impetuoso como correspondía a su corta edad, acababa de insistir en que se debía proceder al embarco de modo inmediato, sin más demora ni dilación, faltaran los hombres y barcos que faltaran, y estuviera la mar como estuviera.

—¿Creéis que se atreverá? —preguntó Jan a Guilhem, expresando en voz alta la misma pregunta que en aquellos instantes se estaban haciendo todos para sus adentros.

—Definitivamente, sólo un loco se atrevería a levar anclas hoy y arriesgarse a un viaje de más de tres jornadas por mar con un tiempo semejante —terció Jordi Miró, marinero de agua dulce, pero que también se las daba de experto en temas de agua salada—. Esperemos que los almirantes y los cómitres de la flota hayan expuesto bien sus temores y que los ricos hombres que forman parte de la curia hagan entrar al rey en razón.

—Decidan lo que decidan ahí dentro —aseguró Guilhem con aquel sutil tono irónico que tanto le caracterizaba—, todo se hará al fin según la voluntad de Dios... o del diablo.

Jan había empezado a notar los picores de las pulgas y le habían entrado unas ganas locas de rascarse también el pecho y los sobacos. Sin embargo, no se atrevía a quitarse la pesada loriga con franjas de cuero endurecido que llevaba puesta sobre la camisa, porque era un trabajo mucho más arduo que desprenderse del casco y de la cofia.

Fue una decisión acertada, pues en aquel mismo momento, una docena de correos salieron disparados de la tienda real y se desperdigaron por toda la playa, avisando a barones, comodoros y adalides de la decisión tomada por el rey: sin duda alguna, la que tanto temían. Así se lo confirmó el que se acercó jadeante hacia su duna. Las órdenes eran claras: cese inmediato de todas las actividades y reu-

nión de todos los hombres en las orillas de la playa para hacer muestra general de tropas y comulgar antes de embarcarse. Jan soltó un suspiro de resignación. El momento decisivo había llegado: el rey contaría todos sus hombres antes de hacerlos subir a aquellos frágiles cascarones y ya no habría vuelta atrás.

La tensión y la inquietud aumentaban por momentos: a medida que caballeros y escuderos iban agrupándose en sus mesnadas alrededor de los pendones que los alféreces sacudían en el aire, los almogávares se juntaban en sus algaras y los peones y ballesteros lo hacían en sus respectivas compañías y milicias. Pronto empezó a resonar por la playa la voz ronca del canciller real que iba nombrando a los ricos hombres para que hicieran acto de presencia ante él, mientras el séquito de escribanos que lo rodeaba se aseguraba de que no faltara ni uno solo de los efectivos prometidos por ellos en las últimas Cortes de Barcelona. En breves instantes se formó una inmensa serpiente humana que se deslizaba ordenadamente ante el pabellón, bajo la atenta mirada del rey, antes de hacerle una reverencia, retirarse y disponerse en filas a lo largo de la orilla. Y era en verdad un espectáculo digno de ver, que por un momento alegró el corazón de Jan, pues aunque las bestias se hubiesen embarcado ya y nadie apareciese montado a caballo, todos se habían puesto sus mejores galas. Reconocía muchas de esas insignias, pintadas con alegres y vivos colores en todos los yelmos y escudos de la hueste: entre otras, la Tau del arzobispado de Tarragona, los seis besantes de oro de los Montcada, el manzano de los Pomar, la cruz de San Jorge de las milicias de Barcelona y, muy especialmente, la cruz de la Orden del Temple, la que llevaban él mismo y sus hombres.

Fray Ramon de la Serra, comendador y lugarteniente templario, hizo una señal con la mano a su mesnada de setenta caballeros y a sus compañías de quinientos peones, entre las que se encontraba la de Alfama. Jan Vidal dio un

último repaso con la mirada a sus dieciséis hombres, e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a su señor Guilhem, que estaba observándolos a distancia. Bien era verdad que las abarcas que calzaban los peones estaban sucias y deshechas, al igual que sus camisones de lana; pero tanto las lorigas de cuero que llevaban encima como los venablos y las hachas que apoyaban sobre sus hombros estaban bien engrasados y ofrecían un aspecto impecable; la cruz negra de la Orden del Temple había sido además pintada recientemente sobre yelmos y escudos.

Flanqueado por su alférez, Jordi Miró, y sus sotalféreces, Pere Baixet, y Bernat Massip, Jan se acercó a las otras compañías de peones templarios y se juntó a ellas. Cuando le tocó el turno de hacerle una reverencia al monarca, aprovechó la ocasión para estudiarlo de soslayo, pues era la primera vez en su vida que podía acercarse tanto a él. Le pareció alto y apuesto; mas no tanto como lo pintaban las leyendas y los cantares que circulaban sobre él, sin duda alguna compuestos por trovadores cercanos a la cancillería real.

Llegado el momento de la misa, los quince mil hombres de la hueste se dispusieron en filas a lo largo de la orilla del mar. Con el fin de que todos aquellos cruzados pudieran recibir la comunión antes de embarcarse, decenas de sacerdotes corrían apresuradamente de un lado al otro, ayudados por monaguillos que sostenían en lo alto sus cálices. El que llegó a su mesnada se sujetaba con manos temblorosas las faldas de su sotana y de su sobrepelliz, para que no se los salpicara el agua del mar. Aunque fuera un descreído, Jan comulgó; también lo hicieron los otros peones de Alfama, que en su mayoría eran «maulas», conversos de segunda generación que seguían conservando muchos de los usos y creencias mahometanas.

La atención general de la multitud se centró en el cáliz que en aquel mismo momento estaba alzando el arzobispo de Tarragona, Espàrreg de la Barca, ante el monarca, y que hizo que un repentino murmullo de asombro recorriera las filas.

—¡Es el Santo Grial! —le aseguró Jordi Miró, santiguándose y haciéndose eco de los rumores que estaban circulando por la hueste—. Acaban de sacarlo del Panteón real de San Juan de la Peña, y lo han traído aquí para que nos asista en la cruzada.

Jan recordó que el Santo Grial era la reliquia más santa de la casa de Aragón y, según aseguraban, el mismo cáliz que José de Arimatea había ofrecido a Nuestro Señor Jesucristo en la última cena; el mismo que habían estado buscando infructuosamente el legendario sire Perceval y otros caballeros de la Tabla Redonda a lo largo de muchos años. Se decía que su poder y su santidad eran incluso superiores a los del *lignum crucis* del rey de Jerusalén. Muchos de los soldados de aquel ejército estaban convencidos de que con semejante reliquia en manos de su rey serían invencibles. Jan no. A diferencia de todos ellos, a él no le movían el fervor religioso ni el ansia terrenal de aumentar su hacienda y sus riquezas; si se encontraba allí, era precisamente para cumplir un propósito más absurdo y desquiciado que cualquiera de estos dos. El arzobispo, mientras tanto, había empezado a sermonear a la hueste con su gangosa voz; la distancia que lo separaba de Jan era tanta que a duras penas podía entender lo que estaba diciendo. No le hacía falta: las pocas palabras que llegaban hasta él le eran tan familiares que podía adivinar con facilidad el resto del discurso. Entre otras perogrulladas, creyó entender «la cristiandad», «la honra», «Nuestro Señor Jesucristo» y «la pérdida secta mahometana».

En aquel preciso instante, cuando el cansancio empezaba a apoderarse de él, Jaime I se acercó con reverencia al cáliz y comulgó. Un repentino rayo de sol se abrió entonces en el cielo y el oro del cáliz y de su corona refulgió como si estuviera ardiendo; también brillaron las vestiduras de los eclesiásticos y las lorigas de los caballeros más cercanos, quedándose todos los presentes admirados de ello, pues el mismo rey y los que le rodeaban parecían ángeles que acabarían de descender del cielo. Blandiendo su espada en el

aire, Jaime I se incorporó y se dirigió al ejército. La hoja era tan limpia y clara que su reflejo volaba por toda la playa.

—¡Adelante, mis hombres! —gritó con su voz nítida y ronca—. ¡Subid sin miedo a los barcos, que empieza a soplar viento de levante! ¡Mallorca es nuestra!

Con su gesto y las pocas palabras que había pronunciado, el rey acababa de demostrar a todos que, a pesar de sus desastrosos antecedentes y de su mocedad, tenía la talla suficiente como para coronar con éxito aquella peligrosa empresa. Y sus palabras eran ciertas, pues la tramontana había sido reemplazada por un nuevo viento que soplaba desde el interior y que los empujaría con rapidez hacia las islas. A todo ello respondieron los presentes con un clamor de alegría y gritando «Aragó! Aragó!». Y mientras resonaban las gaitas y los timbales tocando el himno rápido y alegre de los condes de Barcelona, retumbaban por la playa los golpes que, todos a una, barones y caballeros, escuderos y ballesteros, peones y almogávares, daban a los escudos con las astas de sus lanzas. Y era en verdad un espectáculo digno de ver, que animó el corazón de Jan.

A pesar de su temperamento melancólico y proclive al pesimismo, empezó a creer que aquella expedición tendría éxito. Que con ella llegaría a cumplir el absurdo y desquiciado propósito que le había llevado hasta allí: encontrar a su enamorada Blanca Guiu, volverla a estrechar entre sus brazos, deleitar la vista con su bello semblante, regalar los oídos con su fresca voz y complacer los otros sentidos con los dulces goces que ya había experimentado con ella quince años atrás. Las últimas noticias que había tenido de Blanca era que unos moros se la habían llevado a Mallorca, donde la habían vendido como esclava. Bien sabía que cumplir tan noble propósito no sería fácil, pues suponiendo que su enamorada no hubiese fallecido, o que aún siguiese en la isla, conseguir encontrarla entre los más de sesenta mil vecinos que, según se decía, la poblaban, sería una tarea harto difícil y compleja.

Entonces, con una mezcla de dolor y nostalgia, regresó con su memoria a aquel lejano día en el que había visto a

Blanca por primera vez; el mismo en el que había dejado de ser niño y se había convertido en mancebo.

PRIMERA PARTE

LOS ESCOLARES DE LA SEO